



GASTÓN BAQUERO



Gabriela Mistral

Chilena (1889-1956)

Su verdadero nombre era Lucila Godoy Alcayaga. Parece que el seudónimo lo formó a cuenta de su admiración por D'Annunzio y por Federico Mistral. En esta rara mezcla podemos hallar un punto de partida para comprender la obra extraordinaria de esta mujer, tan hecha de contradicciones, de antípodas, de sorpresas. De humilde maestra rural llegó a ser el único Premio Nobel ostentado por la América Española en el campo de las letras. De mujer famosa por su ternura y su amor a la infancia, llegó a ser uno de los caracteres más duros, ríspidos, intratables que ha conocido esa fronda de dulzura -más o menos aparente- que gusta de ser Hispanoamérica. Todo en ella es contradictorio, difícil, enigmático. Todo en ella da, pues, el signo del genio.

Su obra fundamental es la de poesía. Por encima de todo, Gabriela Mistral es una poetisa, y vimos que no resulta más correcto decir al hallarnos ante la grandeza que es un poeta. Dentro de esa definición, lo fundamental en ella no es, a nuestro juicio, el sentimiento, ni la ternura, ni la universalidad, sino la prodigiosa posesión del lenguaje. Su verso, como su prosa, es una constante

lección de sintaxis. Su verso está hecho con una economía de palabras, con una desnudez estilística, que de no verlo firmado por nombre femenino se creería estar en presencia de un seco y austero ermitaño que escribiera poemas. Rompe con las palabras dulzonas, con la tendencia al rompopo y al crocante, tan generales en las poetisas y en los poetisos, y se amarra a palabras enteras, dramáticas, chocantes en ocasiones, que son como arrecifes en medio de una costa de -159- arena. Naturalmente, lo más divulgado suyo es lo peor, lo de la etapa sensiblera y de llamamiento a las maestras y a los árboles. Pero hay una Gabriela Mistral grande, viril, guerrera por el lenguaje, que ha dejado una poética noble y desgarrada. Hay que leer sus primeros libros, pero, ante todo, hay que leer *Tala*. Están ahí, si se quiere, los mismos sentimientos de antes, la maternidad frustrada, el abrazo a todos los niños y pobres de la tierra, mucho Romain Rolland y mucho Tagore servido en copa de arena, pero está dicho con grandeza idiomática singular. Se adivina que ella, siempre, entre dos vocablos, escogía el más duro, el que tuviese menos miel por el interior. Dio de lado, y ella misma lo reconoció en más de una ocasión, a tanta percalina y a tanto papel crepé como decoraba la poesía femenina de América, y a una buena parte de sus primeros intentos. Habló de la tarlatana, esa tela horrible que se emplea en sustitución del cartón a la hora de fabricar alas de angelotes y colas de ninfas. Gabriela dijo adiós a lo cursi muy temprano, y en eso es también, con Delmira, la primera de las grandes poetisas americanas. Se negó a la tontería, a la flojedad, al almíbar. Pudo favorecerla mucho la falta de amores, la ausencia de lunitas tontas y de guitarristas pulsadas por un zángano. Ella fue directamente a la hondura de ser mujer, de «ser madre sin hijos, de sufrir, de sentir con los sufrientes». Hizo un catolicismo que se emparenta con el de León Bloy mucho más de lo que a primera vista pueda parecer. Como el francés rabioso, ella era un vocero hirviente y viviente de los rencores judíos, y se siente que sus preferencias reales están por un Cristo trasplantado al Viejo Testamento.

De las poetisas de América Hispana, Gabriela es la madre, el tronco, el gran barco donde todas pueden viajar. Desborda vigor, regala horizontes, suelta al voleo temas que libran a la poesía femenina de esas horrendas

manías del achicamiento, la indefensión y «el refugio». Gabriela siente la presencia fuerte de Eva, de Judith, de Esther. Sólo puede ser comparada justicieramente con las grandes hebreas, las de imprecación en labio y puñal en mano. Tiene cólera y tiene reto. No conocerla es perderse una de las grandes demostraciones humanas de la naturaleza americana. El rebuscamiento, la arquitectura de su idioma, la escondida artificiosidad de su prosa, no tienen, en verdad, origen en Gracián ni en Santa Teresa, sino en el pudor. A ella le apenaba ser cursi, ser muy suramericana, en el sentido terrible que este vocablo tiene cuando se enjuicia lo que por mucho tiempo se presentó como literatura de aquellas regiones. Por pudor -160- de ser una mujercilla ñoña, abobada, que escribe con mantequilla y yema de huevo, ella tomó de pluma un hueso, y de tinta un poco de sangre de cóndor seca. Su economía verbal, su sintaxis, consiste, ante todo, en quitar cosas, en barrer la página una vez escrita, mandando al diablo tantas preposiciones, interjecciones y miembros debilitantes de la oración como son habituales en la prosa femenina. A veces escribe como un soldado, y de cuando en cuando se espera que brote alguna palabrota; pero hay una belleza de fuego bien encendido, de maderas puras de bosque virgen, hay un incienso de sangre, de entrañas, de huesos y médulas, que hacen de su estilo uno de los grandes instantes de la prosa americana. Ya no es Montalvo, escribiendo adrede un español clásico; ya no es Rodó, saliendo al encuentro del buen gusto por la vía francesa, renaniana, o por la edulcoración a lo Emerson (decía Fray Candil que Rodó era tan sólo un *pasticheur* de Emerson, cosa bien injusta por cierto); ahora es otra cosa, más espontánea, más auténtica: es el estilo estrujado, desangrado de linfas y de impurezas, a lo Martí, en quien también se ha querido ver la influencia de éste o de aquel clásico español, olvidando que se trata sólo de una coincidencia; un hombre profundo, como Martí, halla su estilo hispánico tan en lo hondo de sí, por donde están las raíces, que tropieza inevitablemente con las formas puras, esqueléticas, matricionales del idioma. Lo propio acontece en Gabriela Mistral. Y es que en cuanto en América se excava un poco la tierra, se tropieza con el hueso, con la fuente de España. Los clásicos americanos no son, no pueden ser otra cosa, que grandes escritores que poseen de veras la lengua española; por esto son, siempre, grandes figuras de la literatura hispánica. (Los

americanismos que pueblan la prosa de Gabriela, son casi siempre arcaísmos españoles, supervivencias, de aquellos que Casares le comprobaba a Fombona hace muchos años como vocablos españoles obsoletos aquí pero vigentes allá).

La obra de esta mujer es más bien una expresión que un conjunto de libros. Es, además, una escritora parlante, escribiendo en alta voz, en viva voz. Leerla es asistir a una misa extraña y poderosa, ante el altar de un Dios que sabemos quiere ser Jesucristo, pero que a veces adopta la fisonomía de un fiero profeta del Antiguo Testamento, y a veces se reviste de una humildad en cuyo fondo adivinamos una sangrante ironía y un inapagado deseo de venganza.

1959.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo